

Succinta  
Relacion  
1879



SECTA RELACION  
DE LAS HONRAS FUNEBRES

DE SU ALTEZA SERIALA  
DE DON FRANCISCO  
DE  
REINA DE ESPAÑA

EN LA ESCALA DE LA REAL

EN LA CIUDAD DE MADRID

EN LA IMPRIMERIA DE LA REAL



AR-1100

SUCINTA RELACION

DE LAS HONRAS FÚNEBRES

QUE

A SU AUGUSTA SOBERANA

D.<sup>a</sup> MARIA ISABEL FRANCISCA

DE BRAGANZA

REINA DE ESPAÑA,

TRIBUTÓ

LA ESC.<sup>MA</sup> CIUDAD DE BARCELONA

en los dias 21 y 22 de enero de 1819.



BARCELONA:

POR D. AGUSTIN ROCA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

AÑO DE 1819.

30897  
26800  
H

COMPRA

R. 184104

SUCINTA RELACION

DE LAS HORAS FUERRES

QUE

A SU AUGUSTA SOBERANA

D. MARIA ISABEL FRANCISCA

DE BRAGANZA

REINA DE ESPAÑA,

TRIBUTO

LA ESC. CIUDAD DE BARCELONA

en los días 21 y 22 de enero de 1819.



BARCELONA

POR D. AGUSTIN RICA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

AÑO DE 1819.

No es capaz la pluma de espresar el sentimiento que causó en los fieles corazones de los barceloneses la fatal noticia de la muerte de la Reina nuestra señora DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA. Mientras esta heroica capital dirigia fervorosos votos al cielo para el feliz alumbramiento de S. M., le ha hecho Dios conocer que el suelo Español no era merecedor de tan virtuosa Reina, trasladándola de improviso á la region celestial. Solamente la luminosa antorcha de la Religion podia ofrecer un sólido consuelo en la conformidad con los inescrutables y justísimos decretos de la divina Providencia. Sin su resplandor, mas claro y penetrante que toda la luz de la poesía y de la oratoria, no se pudiera disipar la lobreguéz con que amaneció el dia primero del año 1819.

El inesperado y fúnebre sonido de las campanas de todas las iglesias, cabalmente en un dia tan clásico en que con festivos toques convidan á los fieles á celebrar la memoria de uno de los mas grandes misterios de nuestra santa Religion, llenó de indecible confusion al pueblo barcelonés: confusion que se convirtió luego en triste sobresalto cuando el estallido del cañon, en cada cuarto de hora, hizo conocer que una causa mayor lo motivaba; y terminó en amargo dolor, sabiéndose que era el anuncio de la muerte de su digna Soberana, que acababa de recibir el Escelentísimo señor Capitan general Don Francisco Xavier de Castaños.

No tardó el Ayuntamiento á tener igual aviso por carta del Rey nuestro Sr. D. FERNANDO VII (que Dios guarde); y vistiendo desde luego el mas riguroso luto, pasó con arreglo á ordenanza á manifestar su pena al Escelentísimo Señor Capitan general como revestido de la Real representacion. El Escelentísimo señor Corregidor Don Francisco de Copons tomando la voz del Ayuntamiento manifestó ser este uno de los sentimientos que no puede esplicar la lengua, y solo los conoce el corazon. La memoria de las escelsas virtudes con que la difunta Reina deja esmaltado el trono de las Españas, hizo brotar afectuosas lágrimas en tan tierno acto. Y el Escelentísimo señor Capitan general penetrado de igual dolor y conociendo bien la fatalidad de esta pérdida, exclamó ser ella un castigo con que la justicia de Dios se ha servido afligirnos, y contestó al Ayuntamiento con unas espresiones llenas de zelo, de amor, de sabiduría y de sentimientos, que solo pueden producir las almas grandes y los talentos elevados.

Tomó el Ayuntamiento sus disposiciones para las honras fúnebres de su Soberana. Bien hubiera deseado hacerlas con toda aquella magnificencia con que en mejores circunstancias supo desempeñar semejantes deberes. Sin embargo tiene el consuelo de haberlas dispuesto del modo mas grandioso que ha podido.

Se levantó un gran túmulo en medio del crucero de la Santa Iglesia. Las cuatro fachadas del zócalo estaban guarnecidas con festones de ciprés; y cada

una de ellas presentaba unas grandes lápidas de mármol con sus inscripciones. Colocóse sobre el zócalo una vistosa gradería y pedestal; en el cual se sentó un obelisco, representándose en su elevada cima la urna de las cenizas, con el manto real, corona y cetro. En los netos del pedestal se figuraron unos bajos relieves, y en ellos la clemencia y la beneficencia que se habian connaturalizado con la Reina, la proteccion que dispensó á las bellas artes, y la consternacion del real palacio y del pueblo español con la muerte de S. M.; y sobre la cornisa se puso su retrato, y se simbolizaron con expresivos caracteres la fé, la esperanza y la caridad, de cuyas virtudes fue un gran dechado su corta vida.

La Real Academia de Buenas Letras acreditó su exquisita ilustracion desempeñando muy completamente el encargo que le hizo el Ayuntamiento de expresar con varias inscripciones las ideas que ofreció el fúnebre monumento.

Puestos de acuerdo ambos Cabildos para celebrar las honras en los dias 21 y 22 de enero, se dió principio en la tarde del primero, cantando el M. I. Cabildo de la Catedral y demas clero las vísperas de difuntos, alternando los salmos con la música de la misma Santa Iglesia, que fue copiosamente aumentada, para que á la magestad del objeto correspondiese la difusion de los patéticos ecos por todas las partes del templo: cuyo grandioso edificio pareció muy pequeño á vista del inmenso concurso de los vecinos de la ciu-

dad y de los pueblos de la provincia que acudieron á unir sus votos con los del M. I. Cabildo eclesiástico, y con los del Escelesntísimo Señor Corregidor y Ayuntamiento, autorizado con la asistencia del Escelesntísimo Señor Capitan general, á quien convidó la tarde antes por medio de una comision de cuatro regidores, que precedidos de sus mazeros pasaron al real palacio para dicho fin dignamente correspondido por S. E.

A las honras fúnebres de dicha tarde y de la mañana siguiente, actos de religion y de la mas fiel ternura, invitó el Ayuntamiento á todo el Pueblo por un anuncio general que se hizo con la formalidad correspondiente en las plazas y calles de la ciudad; y convidó particularmente á las autoridades, nobleza, cuerpos civiles y militares, párrocos, prelados regulares, consules y prohombres de los colegios y gremios &c. Seis señores de las clases mas distinguidas desempeñaron á satisfaccion este encargo del Ayuntamiento. Los mismos y cuatro señoras principales asistieron en uno y otro acto á recibir las personas convidadas y acompañarlas hasta los asientos que estaban preparados con orden y simetría en el crucero y coro de la catedral.

Una partida de caballeros guardias de la Persona del Rey, que habia venido á Barcelona con el plausible objeto de recibir á la Serenísima señora Princesa de Nápoles Doña Luisa Carlota, destinada para esposa del Serenísimo Señor Infante de España D. Francisco de Paula, concurrió tambien por su parte á so-

lemnizar estas funciones haciendo la guardia junto al túmulo y tributando con este acto de honor y de respeto los postreros homenajes á la llorada Reina, á quien tuvieron la dicha de servir en vida.

El Ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis Don Pablo de Sitjar celebró de pontifical el santo Sacrificio de la Misa que cantó la música de dicha capilla; y recibió el ofertorio del M. I. Cabildo eclesiástico, del Clero, y de los Escelentísimos señores Capitan general, Corregidor y Ayuntamiento. En seguida bajaron del presbiterio y se colocaron en los ángulos del túmulo los cuatro Domeros Curados de la misma Santa Iglesia á recibir las ofrendas de los convidados.

La tropa apostada en la plaza de la puerta principal del templo, la demas de la guarnicion y la artillería de los fortines y baluartes hicieron las descargas correspondientes. Acabada la Santa Misa pronunció el ilustre señor D. Felix Torres de Amat, Dignidad de la misma Iglesia, el elogio fúnebre de la Reina nuestra Señora con la elegancia y mocion que le son propias, y con las cuales desempeñó un asunto de tanto honor á satisfaccion de todo el sabio y numeroso concurso, dejando plenamente correspondida la confianza que de él hizo el Ayuntamiento con este encargo. Finalmente se cantaron cinco resposos en sufragio de la alma de S. M.; y todos los concurrentes unieron con fervor sus oraciones á las de ambos Cabildos, implorando del Dios de bondad y misericordia el eterno descanso para la Reina.



*BEATI MORTUI QUI IN DOMINO MORIUNTUR.* APOC.

XIV. 13.

**B**IENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN EN GRACIA DEL SEÑOR. Palabra de Dios, con que en su nombre rompe mi triste y débil voz este profundo y melancólico silencio; y con que me dirijo á la afligida y religiosa Barcelona, que congregada en este grandioso templo, busca en la consoladora religion de Jesucristo algun lenitivo al acerbo dolor que tiene traspasado su corazon por la prematura y repentina muerte de su amabilísima madre y señora, la Reina DOÑA MARIA ISABEL DE BRAGANZA. Porque si una voz del cielo, dirigida á un Apóstol, Evangelista y Profeta del Señor, paraque la pregone por todo el mundo, asegura que son *felices y dichosos los que mueren en gracia de Dios*; ¿que otra cosa debe hacer hoy un ministro del Evangelio para consoláros, sino un grato y sencillo recuerdo de la vida inocente que llevaba ISABEL en medio de la corte, paraque creais que con la muerte ha conseguido el ser eternamente feliz y bienaventurada? *Beati mortui qui in Domino moriuntur.* ¿Pero habrá sido realmente de este número la jóven Reina, cuya amarga pérdida lloramos? ¿Fué su tenor de vida, cual describe el santo rey David en el Salmo centésimo, que debe ser el de los re-

yes y grandes señores? ¿Al presentarse en el tribunal de Dios á dar cuenta de sus acciones, habrá podido decirle: Señor, Vos sabeis bien que en medio del palacio, y sentada en el solio, he vivido segun la inocencia de mi corazon: *Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus meæ*; y que he aborrecido siempre las obras de los prevaricadores: *facientes prævaricationem odivi*? Asi lo creen, oyentes y señores míos, las gentes de todas clases, sexos y condiciones, que mas de cerca han podido observar la vida que llevaba nuestra difunta Reina; y sobre todo asi lo demuestra el universal sentimiento de la nacion española; y especialmente aquellas lágrimas sinceras que en la mañana del 27 de diciembre derramaba en torno del cadáver el heroico pueblo de Madrid: el pueblo, señores, que jamas ha sabido ni sabrá fingir su dolor, y que solo llora la pérdida de los buenos.

Ciñéndome pues á daros algunas pruebas de una verdad tan notoria y creida, ya no puede arredrarme el justo temor de profanar esta sagrada cátedra del Evangelio. No temas, no, religioso auditorio, que yo alabe á nuestra difunta Reina con injuria del ministerio que ejerzo. Hasta en los panegíricos de los santos condena la Iglesia las desmedidas alabanzas: ¿cuanto mas en esta ocasion en que todo lo que puede decirse de las virtudes de la reina DOÑA MARIA ISABEL se funda no en el infalible juicio de la Iglesia, sino en una mera creencia humana; bien que apoyada en testimonios los

mas fidedignos, y en hechos moralmente ciertos é irrefragables? Tampoco temas que haga un discurso de erudicion pagana, ni una vana y fastuosa ostentacion de la efimera gloria del mundo que rodeó el trono de nuestra esclarecida Reina, amontonando sobre ese mismo humillante monumento de la muerte trofeos de vanidad y orgullo, como si intentase formar su sacrilega canonizacion ó gentilica apoteosis. ¡Ay! Pegada quede mi lengua al paladar antes que emplearla en querer dar cuerpo con aparentes y artificiosos adornos al aéreo y fatuo fantasma que adoran tantos hermanos nuestros, ciegos idólatras de la gloria mundana. He procurado, oyentes y señores míos, penetrarme mucho del respeto que se debe á la magestad del tabernáculo del Dios altísimo: de lo que exigen de mí la ilustrada y sólida piedad, y el acendrado amor al Soberano que brillan en los padres de la patria; y de lo que reclama la misma piadosa memoria de la difunta Reina. Huya pues de entre los buenos, y salga del santuario el infeliz, si alguno hubiese, que teniendo maleado el corazon haya sentido antes el ascendiente que volvia á tomar con el egemplo de ISABEL la religion y la piedad; y falto de toda luz espiritual esté mirando ahora esta reunion sagrada como una vana ceremonia de adulacion, y por lo mismo escuche al ministro de la Divina palabra con intencion dañada y maligna.

Porque con vosotros hablaré tan solamente, piadosos barceloneses, que ya conoceis bien que el espíritu

de nuestra madre la Iglesia en estos fúnebres discursos es principalmente el instruir y amonestar á los vivientes con el buen egemplo de los que puestos en elevada gerarquía, y entre los mayores incentivos de la vanidad, del orgullo y de la soberbia, y rodeados de los mas vivos y esquisitos placeres, á pesar de tan terribles obstáculos han vivido siempre segun la Ley santa de Dios y las máximas de su Evangelio. Y asi es que la Iglesia desde los primeros siglos ha manifestado particular estimacion de las virtudes de los reyes y grandes personages, por mirarlas como trofeos muy singulares de la gracia de Jesucristo; y por eso tambien S. Ambrosio, S. Gerónimo y otros Santos Padres ensalzaron con sublimes rasgos de nerviosa y cristiana elocuencia la piadosa vida que llevaron algunos emperadores é ilustres matronas romanas. ¡ Que elogios no se dieron al gran Teodosio por haber hecho lo que hicieron como él cien mil penitentes! Conocian bien aquellos varones apostólicos que á los que no tenemos casi nada que dejar por seguir á Dios, ni perdemos nada sirviéndole, nos causa una saludable confusion el buen egemplo de los potentados del mundo, los cuales tienen que hacerse las mayores violencias para llegar á ser, como manda Jesucristo, pobres en medio de grandes riquezas, humildes en la cumbre misma del honor, y penitentes y mortificados teniendo á la mano toda especie de deleites. Y como el resplandor de la Magestad tiene una extraordinaria fuerza no menos para inspirar la virtud que para

autorizar el vicio, por eso ruega cada dia muchas veces la Iglesia por los reyes y su Real familia; y por eso quiere ahora que se alaben y se prediquen las virtudes que han brillado en la señora reina DOÑA MARIA ISABEL. Voy pues á haceros ver que en la encumbrada esfera en que se hallaba esta señora, llevó siempre una vida inocente, pudiendo decir á Dios: He procedido, Señor, en medio de mi palacio, segun la inocencia de mi corazon: *perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus meæ*; y he aborrecido siempre las obras de los malvados: *facientes prævaricationem odivi*. En lo primero, vereis á ISABEL modelo de una buena esposa, y de una virtuosa madre de familias; *in medio domus meæ*. En lo segundo, la vereis dechado de una escelente Reina católica: *facientes prævaricationem odivi*. Y de uno y otro inferireis cuan justamente la aclamaban ya todos los españoles, pregonando que era el sosten y la esperanza de los buenos, y el freno y el temor de los malos.

La vida privada de una Reina que ha preferido la inocencia de corazon á la fama y nombradía del siglo, seria poco objeto para los pomposos elogios que suelen prodigarse á los héroes del mundo; cuya gloria, aun aquella que justamente gozan los ínclitos varones que han restituido la libertad á los pueblos, ó disminuido

sus miserias con útiles descubrimientos y benéficos afanes, despues que lo que llaman fortuna ó casualidad ha tomado para sí una gran parte, todavia tiene que partirse con cuantos de mil maneras han cooperado á ella. Pero la gloria que ISABEL adquirió con la inocencia de su vida, toda es suya propia. ¿Y que cosa mas grande, decia un ilustre prefecto del Imperio romano, elocuentísimo orador, y padre despues sapientísimo de la Iglesia, qué cosa mas grande *que el ser justo y temeroso de Dios?* ( 1 ) Nada mas digno de alabanza que el no haber dejado nunca de ser un hombre aquello que debe ser. En el elogio de la reina DOÑA ISABEL no se ha de correr un velo á las acciones de su vida privada: de la vida privada, en la cual tantos héroes del mundo suelen olvidarse algunas veces hasta de que son racionales, y llegan á ser el juguete de las mas viles é infames pasiones. ISABEL *obró siempre segun la inocencia de su corazon.*

Educada desde niña en el santo temor de Dios, tomó este luego posesion de su dichosa alma. Descendiendo de la nobilísima prosapia de los reyes de Portugal, en que los egemplos de virtud son tan antiguos y característicos como los blasones que la distinguen, parece que recogió todas las bendiciones del Señor para ser algun dia el honor de la religion y la esperanza de los buenos. Y como la Divina Providencia, segun sus altí-

( 1 ) S. Ambr. *De vita Jacob.*

simos é inescrutables designios, se vale muchas veces para la felicidad nuestra de los sucesos que parecen más desastrosos y contrarios, observad aquí de paso que el haber tenido que huir de su corte á los despoblados dominios del nuevo mundo la augusta Real Familia de Braganza, fué motivo de que la Serenísimá señora Princesa del Brasil, madre de nuestra difunta Reina, viviendo casi siempre en una pequeña casa de campo, educase por sí misma á sus hijos; y de que así, antes de entrar en la edad de las pasiones recibiese la cándida ISABEL aquellos egemplos y lecciones de virtud, que tanto cuestan de aprender en los palacios. Porque no habia allí la espesa niebla que suele dominar siempre en las moradas de los reyes y grandes señores: triste, pero inevitable efecto del continuo y envenenado hálito que exala la turba inmensa de viles aduladores, que disfrazando sus pestíferas lisonjas con la capa de amor al Soberano, y aun á veces con la misma sacrosanta Religión, impiden á los hijos de los príncipes el que vean la verdad desnuda. Bendijo el Señor los maternales cuidados con que la augusta hermana de nuestro Monarca sembró y cultivó en el tierno corazon de su hija ISABEL las primeras semillas de la felicidad de los pueblos y de los imperios, precaviéndola de los vicios, é inspirándole las virtudes que con el tiempo habian de ser, por decirlo así, virtudes del pueblo español. Sí, señores, del pueblo español, para cuyo elevadísimo trono la tenia destinada la Providencia.

Aqui deseo que traigais á vuestra memoria aquellos alegres dias, en que acabada felizmente la dura cautividad de nuestra cara patria, cantábamos su libertad recobrada, no menos que la del suspirado Monarca. ¡Que nos falta ya, decíamos, sino el que se precavan para siempre las funestas causas de nuestros pasados infortunios! los vicios públicos y privados que aportillaron nuestro reyno para que entraran en él la devastacion y la muerte: la inmoralidad y la irreligion, que superando las altas y fuertes barreras con que la Providencia guardó la dichosa Hesperia, pugnaban para derrocar el trono de los Recaredos y de los Alfonsos, de las Isabelas de Castilla y de los Fernandos de Aragon. Todos conocíamos cuanto podia contribuir á nuestra comun felicidad la venturosa Princesa que nuestro amado Monarca escogiera para digna esposa suya; y asi es que desde el primer vasallo que asiste al solio, hasta la mas humilde religiosa sepultada en la obscuridad del claustro, todos pedíamos incesantemente á Dios que dirigiera tan importante eleccion. Oyó benigno el cielo nuestros humildes votos, y dispuso que la cándida y amable ISABEL atravesando mares inmensos nos trajera la esperanza y el consuelo. La recibe en sus brazos nuestro augusto Soberano; y observándola vestida sencillamente con la blanca estola de la inocencia, recamada con el oro de las virtudes, conoce que solo su egeemplo le ayudará de un modo maravilloso á conseguir la felicidad que está ansiando para nuestra afligida patria.

¡Pero ay! ¡cuan terribles obstáculos habrán de superar las virtudes de la jóven Reina! Con harto dolor lo diré, y muy rápidamente para no renovar la acerba memoria de unas llagas, que poco á poco se van cicatrizando. ISABEL llegó al lado de nuestro Monarca en un tiempo en que exaltadas todavia las pasiones de muchos rugian al rededor del trono: cuando tal vez los astros mas brillantes é inmediatos al Sol padecian sus eclipses: cuando la negra envidia y la insaciable ambicion, con las armas ocultas de la mentira, de la calumnia y de la hipocresía aun hacian cruda guerra á la virtud y al mérito: unos por el desordenado y fatal prurito de la novedad, otros fanáticos enemigos de toda mudanza, habian transformado la corte en un campo de batalla; siendo siempre el Rey el que sufre mas los estragos de esta sorda pelea. ¡Que triste situacion entonces la de nuestro Soberano! ¡Ah! la verdad busca muchas veces á los pequeños: por medio de las providencias de un buen gobierno se presenta ella misma á los pueblos sin que la pidan, y aun á veces entra por mas que la resistan. Pero no asi á los que mandan. Mientras el mundo sea mundo intrigarán para pisar los salones y gabinetes de los palacios, y estar al rededor de los que gobiernan, gentes que siempre les ocultan las verdades que los contristan, y tiran á hacerles creer las mentiras que los lisonjean; y esto, porque se aman mas á sí mismos que al Soberano: porque aunque tienen siempre en sus labios el Rey y el

Real servicio, allá en sus adentros no piensan sino en como hacer su negocio; y sucede en todos los palacios y en toda especie de gobiernos casi lo mismo que de la famosa Babilonia decia el profeta Daniel, privado que fué de Nabucodonosor el Grande: en público todo parece que es para el Soberano: asi lo dicen los cortesanos; pero al mismo tiempo entran los malos por caminos subterráneos y tortuosos á recogerlo todo para sí mismos. ¿Y siendo tan árdua, tan intrincada y espino-  
sa la situacion de los que gobiernan, no es casi un milagro el que acierten en sus providencias? ¿Y admiraremos ya que el monarca mas sabio que ha habido ni habrá jamas en el mundo, y de quien suele decirse que llegó á tener por feudatarias naturaleza y fortuna, con todo asegure él mismo que vivia aburrido; y que nos aconseje el hijo de Sirac, inspirado del cielo, que no le pidamos á Dios el mandar, ni solicitemos alto puesto en la república? ( 1 )

Me he detenido, señores, en la pintura de lo que son y serán siempre los palacios de los reyes, mayormente despues de grandes revoluciones, paraque considerando bien cuan terribles obstáculos oponen á la virtud, suba á mas alto punto el concepto que formeis de la inocencia de vida de nuestra Reina, y conozcais mejor, que con ella, con su espíritu de paz, con su admirable prudencia, y sobre todo con su sólida piedad,

habia de ser necesariamente de gran consuelo y auxilio para el Monarca, y la esperanza de sus buenos y fieles vasallos, asi como el temor y freno de los malvados. En efecto, apenas ISABEL habia descansado de su largo viage, ya se la vió comenzar un tenor de vida que le atrajo luego el amor universal de toda la nacion, y nos descubria anticipadamente la historia de su reinado. ¡Cuan grande me parece en medio de su palacio, cuando la miro erigiendo á toda priesa en su regia mansion una escuela práctica, donde habia de enseñar ella misma con el egeemplo, las virtudes que deben brillar en una buena esposa y digna madre de familias! virtudes de las mas útiles, aunque de las menos celebradas y brillantes á los ojos de los mundanos. Miradla allá dentro en su vida privada: alli donde aparecen siempre lo que realmente son los grandes personajes, y no lo que á veces aparentan ser delante del público. Observad como levantándose muy de mañana se postra luego y abate ante las aras del supremo Rey de cielos y tierra, y al lado de su Esposo asiste al incruento sacrificio del Cordero immaculado, con tan fervorosa devocion, que rara vez deja la humilde postura de cuerpo que tomara. En seguida la hallareis ocupada en varios egercicios de cristiana piedad, que solia adelantar por la mañana cuando preveia que el despacho de los negocios públicos de la monarquía habia de impedir al Rey el acompañarla. ¡Con que prudente tino buscaba entre dia cuanto podia servir de consuelo y alegria á su esposo! No solo arre-

glaba su voluntad á la suya, sino que si la conocia procuraba anticiparse á ella. Aun sentada en el solio se manifestaba siempre la mas sumisa y obediente al Soberrano.

¡O santas y esclarecidas reinas de los venturosos tiempos de la monarquía Española! Vosotras Teresas é Isabelas, que dejasteis eternamente grabada en el trono la imágen de una buena Reina y virtuosa madre de familias, ¡con que placer miraríais desde las etéreas regiones á vuestra hija y sucesora, á la cándida ISABEL, que á imitacion vuestra no se desdeñaba de juntar con el cetro y la corona la diaria labor de manos y todos los quehaceres domésticos propios de una digna esposa y cuidadosa madre de familias! ¡que empleando muy poco tiempo en el modesto adorno de su cuerpo, le hallaba para informarse de las necesidades de los pobres artesanos, de los militares inválidos, y de las viudas y huérfanos desamparados, á quienes ocultamente socorria; y aun para meditar nuevos asilos donde recoger á la incauta doncella que va á ser triste y casi forzosa víctima de su extremada indigencia; y hasta le hallaba para dedicar algunos ratos á la noble y utilísima ocupacion de promover con su egeemplo las ciencias y las artes!

Muy distante ISABEL del orgullo con que tratan á sus criados muchos señores, les manifestaba siempre aquel afecto sincero y afabilidad cristiana que tanto recomienda san Pablo; y asi es que personas de su in-

mediata servidumbre atestiguan que jamas conocieron en la Reina aquellos arrebatos que tan frecuentes suelen ser en los de alta esfera, cuando tienen pocos respetos que los contengan. Nunca usó de aquel privilegio que se arrojan algunos grandes personajes de no manifestar amor á nadie sino á sí mismos, por la necia vanidad con que creen que todo les es debido, y temen siempre el igualarse con los inferiores. En una palabra: se veían en nuestra Reina, puestas en práctica, las santas máximas del Evangelio que el apóstol san Pablo propone á las mugeres cristianas para con sus maridos y con sus criados. Pero luego que el Señor concedió á nuestros Soberanos el precioso y suspirado fruto de bendicion, ¡que brillante egemplo dió de virtudes domésticas! Muy agena de ciertas máximas del siglo fundadas en la lisonja, sigue la ley de la naturaleza en la lactancia de su hija, haciendo por sí misma todo lo que la vanidad suele encargar á madres extrañas y mercenarias. Conocia bien ISABEL que lo contrario debilita muchas veces en los hijos el amor filial, y ocasiona que reciban tambien impresiones menos nobles y cristianas.

Os he presentado, señores, no mas que un debilísimo bosquejo de las virtudes domésticas con que la reina DOÑA MARIA ISABEL se hizo luego dechado de una buena esposa y de una digna madre de familias. ¡Ay! ¡cuan pocos egemplos de estas virtudes ofrece el caimiento general de las costumbres de nuestro siglo! Permitidme que llame aqui vuestra atencion, damas y se-

ñoras cristianas. ¿Seguís por ventura vosotras ese tenor de vida de ISABEL? ¿Practicais, como practicaba ella, las máximas que prescribe el Apóstol en orden á vuestros maridos, á vuestros hijos, á vuestros criados? Observais lo que dice sobre vuestro porte y adorno? Pues culpa vuestra es, si en vez de la dulce paz que aun en este mundo promete Jesucristo á las esposas cristianas, vivís en amargas y continuas desazones. Esa ansia con que apeteceis cuantos atavíos inventa cada dia la estrangera moda, voluble siempre y siempre ruinoso, ¿acaso no es un fecundo semillero de domésticas disensiones? ¿Sois, como ISABEL, el ángel de consuelo para con vuestros esposos? ó hallan estos al pisar los umbrales de su casa, en el seno mismo de su familia, el mas cruel tormento? ¡Ah! Si observarais las divinas máximas que os enseña la religion, llegaríais á producir modales dulces y afables, inclinaciones puras y benéficas, aun en aquellos maridos que se han desviado del camino de la virtud, ó son por su carácter feroces y violentos, ó de un natural brusco, displicente y sombrío. Milagros son menester para eso; pero son milagros que los hace una esposa cristiana cuando vive como manda san Pablo. Y es esta una verdad tan demostrada por la experiencia, que se vió precisado á confesarla en el siglo pasado un corifeo de la impiedad, el llamado Filósofo de Ginebra.

Pero veamos ya, oyentes y señores míos, las pruebas que dió la esclarecida ISABEL de que aborrecía y

perseguía las obras de los malvados, influyendo así como Reina en el bien general de la religion y de la patria: *ficientes prævaricationem odivi.*

Los egemplos de virtud que dan las personas de alta gerarquía tienen muy particular eficacia contra toda prevaricacion, en quanto inspiran el debido horror y desprecio de las obras y máximas de los prevaricadores, y una santa fortaleza en la práctica de las virtudes cristianas mas despreciadas ó aborrecidas del mundo. De ahí es que la modestia en los vestidos, el respeto y amor que debemos á la fama del prójimo, la exacta observancia de las leyes de la Iglesia, y otras virtudes semejantes, no pasan ya por nimiedades y cosas de menos valer, quando los reyes y grandes señores hacen de ellas pública profesion. Las personas de flaca virtud no temen ya entonces las burlas de la impiedad, y los mismos impíos esconden ó disimulan sus perversas ideas; porque suelen comunmente los hombres extender á las acciones de los altos personages el honor anexo á su elevada clase; y todos nos gloriamos de seguir aquellos á quienes siempre sigue la gloria. Una sola mirada de desagrado ó fastidio que un dia echó la Reina sobre la desnudez de cierto trage que aparecia de nuevo, trage de aquellos que casi siempre son inventados por personas de vida desarreglada ó escandalosa, bastó para que

nunca mas volviese á verse en la corte; y el ascendiente que siempre tiene en este punto una jóven Reina, hacia esperar á todos los buenos que pronto resuscitaria aquella agradable seriedad y modesto pudor que tanto caracterizaba las antiguas matronas españolas; de cuyos vestidos, varios siempre, sí, pero siempre modestos, ( 1 ) solo nos queda la memoria en los antiguos retratos; que son una continua reprension de la desnudez de aquellas que han heredado todas sus riquezas y títulos, pero no sus virtudes.

¿Y que diré del horror con que miraba la virtuosa Reina el vicio, harto comun en los palacios, del chisme, de la detraction y de la calumnia, que tantos estragos ha causado en nuestros desgraciados dias? Diré que sin mezclarse jamas en los asuntos de gobierno, con un mudo pero muy elocuente silencio, hacia frente y causaba ya no poco temor y sobresalto á los maliciosos como Nabal, á los artificiosos como Herodes, á los dolosos como Elimas; á quienes miraba como espíritus antisociales y los peores enemigos del trono. Diré que desde que llegó á España manifestó bien á las claras que le ofendian muchísimo aquellos hombres turbulentos y sanguinarios, que requemados de la fiebre maligna de la envidia ó poseidos del frenético delirio de la ambicion, renegando de la caridad de Jesucristo, como que osaban detener los brazos al comun padre de familias cuando los extendia lleno de

( 1 ) Pueden verse en las *Reinas Católicas* de Florez.

misericordia á muchos de sus hijos que le pedian el perdón: á muchos ciudadanos que habian dado, durante una larga serie de años, pruebas nada equívocas de su amor al Rey y de su ilustrada religion y piedad; pero á quienes, ora hácia el norte, ora al medio dia, á unos de un modo, á otros de otro, arrebatara el impetuoso torrente de la revolucion; y á la manera que los marineros sorprendidos en alta mar de una horrorosa borrasca, y faltos de fuerzas por lo mucho que han trabajado en resistirla, cedieron al fin y se abandonaron á la discrecion de las olas y de los vientos. Compasiva ISABEL solia decir que se alegraba mucho de que sin quitar ni disminuir nada el horror que siempre se merece el crimen, fuese usando el Rey con estos infelices hermanos nuestros de toda la benignidad posible, suavizando el rigor de las leyes con una prudente y cristiana política, propia de su magnánimo y generoso corazon.

Pero si las virtudes públicas con que ISABEL hacia frente al vicio y se ostentaba la mejor de las reinas, refrenando la lúbrica inmodestia de los vestidos, y conteniendo los fatales efectos de las pasiones sangrientas ó falta de caridad evangélica, la hacen digna de todo elogio; las pruebas que daba publicamente de acendrada piedad é ilustrada religion le merecen de justicia un distinguido lugar en el ilustre catálogo de las Reinas Católicas, y de estar al lado de la otra Isabel universalmente apellidada con tan escelso renombre. No hace mucho tiempo que encargado un dia del ministerio de la Divina pa-

labra, me creí obligado á declamar enardecido contra la criminal indiferencia en las cosas de religion, haciéndoos ver que una silenciosa apostasía interior de todas las verdades de la fe iba minando sordamente el edificio de nuestra Iglesia, y socavando los cimientos de toda la sociedad. Aqui deseo haceros observar que el Señor Dios de nuestros padres, que nos mira todavia con ojos de misericordia por lo mismo que no ha cesado del todo de castigarnos, puso á la virtuosa reina ISABEL al lado de nuestro Monarca para ayudarle con sus egeмпlos públicos de religion á defendernos de ese horrible monstruo, verdadero Anticristo, que destruyendo todo principio revelado anuncia aquel fatal dia en que el Señor no hallando ya fe sobre la tierra, derramará sobre ella todo el caliz de su justa indignacion.

Yo no podria haceros ahora, no diré el elogio, pero ni la sencilla enumeracion de las brillantes pruebas de cristiandad que casi diariamente daba nuestra incomparable Reina. Ellas prestarán rica y abundante materia á otros oradores, y quedarán escritas en los gloriosos fastos de la religiosa España. Me contentaré pues con apuntaros solamente aquel tierno y edificante espectáculo que dió la piadosa Reina á toda la corte, cuando arrojándose delante del sacerdote del Altísimo, presentó á Dios el fruto de bendicion que llevaba en sus brazos; cantando despues el himno de accion de gracias por el beneficio recibido. Pero aun no le pareció bastante tan solemne protestacion de su fe: apenas la acaba, cuando

insinua ya á su augusto esposo el designio que formara de presentar y ofrecer otra vez aquel mismo dia la Infanta recién nacida á los pies de Jesucristo ante la devotísima imagen de Jesus Nazareno, que habia adorado en el convento de Trinitarios Descalzos. ¡O! ¡cuan grata y edificativa sorpresa causó al heroico pueblo de Madrid el ver aquella misma tarde á su augusta Reina, que acompañada del Soberano y llevando ella misma en sus brazos el fruto de sus entrañas, se dirige sin pompa ni ostentacion al palacio de Dios; y subiendo á humillarse á las plantas de la Magestad Divina, con fe viva y caridad ardiente, con una ternura de corazon que hizo derramar copiosas lágrimas á todos los circunstantes, en ademán de entregar su hija á Jesus, le dice en alta voz: *Señor, Vos me la habeis concedido: conservádmela, si es que haya de ser siempre vuestra!* notables palabras, amados oyentes, que la servian despues de gran consuelo cuando Dios se llevó á la Infanta á las etéreas regiones, y la colocó entre los coros de sus ángeles.

Mas aunque la brevedad del tiempo ni siquiera me permite mentaros otras muchísimas acciones de sólida piedad con que predicaba altamente las verdades de nuestra santa fe, y enfrenaba las lenguas de los impíos ¡como podria pasar en silencio los actos de religion con que hace un mes santificaba el alegre dia del Nacimiento del Señor! ¿No vió con admiracion toda la corte, y muchos de ella con saludable rubor y confusion, que una Reina de salud delicada y en dias de parir tuviese tan fer-

vorosa piedad, que asistiese al solemnísimo canto de los maitines y laudes, y á los adorables Misterios del Altar con que celebra la Iglesia, en el silencio de la media noche, la memorable hora en que quiso nacer en un pesebre el Dios eterno que ha criado los siglos! ¡que aun en seguida fuese á arrojarse á los pies de un sacerdote, y con humildad profunda le confesase sus defectos, á fin de poder recibir con un corazón bien puro al recién nacido Jesus, y alimentar su alma con este celestial maná y pan misterioso, delicia de los reyes! ¡que no queriendo tomar ningun descanso antes de tributar á Dios las debidas gracias por haberse dignado hospedar en su pecho, le ofreciese tres veces, por medio del sagrado ministro, el eucarístico sacrificio del Altar! Y todo esto lo hizo, amados oyentes míos, con unas demostraciones de religion tan extraordinarias, con señales de una fe tan viva, de una caridad tan ardiente, como si conociese que el festivo y alegre dia del Nacimiento del Señor. . . ¡Ay! . . . era la víspera. . .

¡Dios grande y eterno! ¡Dios de bondad y de misericordia! ¡Y contra esta Reina estaba preparando entonces mismo un mortal rayo vuestra Divina Justicia! ¡A pocas horas habia de salir de vuestra boca el irrevocable decreto, la palabra de muerte que jamas vuelve vacía! ( a ) ¡Y eso contra una inocente hija vuestra, que estaba confundiendo á vuestros enemigos con los

( a ) Is. LV. v. II.

actos de la mas edificante piedad! ¡que acababa de hospedar á vuestro hijo Jesus en su cándido corazon! ; Y á esta virtuosa Reina la arrebatáis del mundo súbitamente, sin concederle ni siquiera tiempo para dar un tierno abrazo de despedida á su amado esposo! para decir un triste á Dios á sus queridos hermanos! para dirigir una mirada de consuelo á sus fieles criados! ; Asi de repente la precipitáis, ó Dios mio, al sepulcro! en la tierna flor de su edad, en la hermosa primavera de su vida! ; En tan crítica situacion nuestra cortáis el hilo de los preciosos dias de una Reina que era la esperanza de los buenos y el terror de los malvados! ; A la que tanto brillaba con la inocencia de su vida en el trono de dos mundos, la trasladáis, Señor, y en tales tiempos, á la tenebrosa region de la sombría muerte! ; *O mucro Domini, usquequó non quiesces!* ; O espada vengadora del Señor, tantos años hace contra nosotros levantada, hasta cuando no descansarás! ; Cuando, dí, cuando volverás á entrar en tu bayna! ; *O mucro Domini, ingredere in vaginam tuam!* ( a ) Mas no, ¡ó Dios mio! No solo debí publicar vuestra misericordia; sino que debo confesar tambien y pregónar vuestra justicia. ; *Misericordiam & judicium cantabo, Domine!* exclamo ya con el Real Profeta ( b ). Sí, justo sois, Señor, en todas vuestras obras: nuestros pecados son los que nos han privado de la mejor de las reinas: vuestra misericordia nos la dió; y vuestra justicia es quien nos la ha quitado.

( a ) Jerem. XLVII. 6. ( b ) Ps. C. v. 1.

Pero ¿adonde, adonde habrás ido, ó amabilísima Reina? Alma inocente de ISABEL, que poco hace morabas en ese mortal cuerpo que nos ha quedado, donde habitarás ahora para hacer que lleguen á tí pruebas de nuestro amor y gratitud? ¡Ay, amados oyentes míos! ¿Donde hemos de pensar que ha ido esta verdadera hija de la fe de Abraán, sino al seno dichoso de aquel Patriarca? Miradla á la luz de la religion como desatados los lazos de su mortalidad, rompiendo los aires con las alas de sus virtudes verifica el ansiado traspaso de su alma desde la casa de barro en que habitaba á la celeste mansion, donde morada tienen la perfecta paz y el pleno contentamiento. Asi lo creemos piadosamente; porque asi dice Dios que sucede con los que mueren en su gracia: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*. Y en la gracia del Señor hemos de pensar que ha muerto una Reina que criada en el santo temor de Dios, amaestrada desde niña en la escuela de la adversidad, tanto honró despues á la religion con su inocente vida en medio del palacio, siendo dechado de una buena esposa, de una digna madre de familias, y de una Reina eminentemente católica; llegando á ser proclamada como sostén y esperanza de los buenos, y como freno y terror de los malos.

¡O esclarecida ISABEL, madre de la paz, y por consiguiente de la patria! Si en las moradas eternas gozas ya el premio de tus virtudes, no te olvides de los españoles. Sé siempre la invisible esposa de nuestro Soberano: ni pezezan jamas los sagrados vínculos de amor que á él te

unieron; y así como nos persuadimos que la virtuosa Princesa MARIA ANTONIA DE BORBON oraba porque fueses tú su digna sucesora, unidas ahora las dos reverberad sobre FERNANDO la luz Divina que os alumbra, y hacadle feliz á él y á toda su vasta monarquía, ¡O! ¡Quiera el Cielo que la prematura muerte de las dos inocentes esposas sea aceptada como sacrificio de dos agradables víctimas que aplaquen la venganza Divina que exigen nuestros pecados!

Y vosotros grandes y poderosos del mundo, guerreros ilustres, sabios. . . barceloneses todos, venid, y registremos á la luz de la eternidad, que simbolizan esas misteriosas antorchas, el elevado túmulo de la Reina ISABEL; cuya sombra desde aquella altura parece que nos está diciendo al corazón: O amados españoles, imitad mis virtudes, y acordaos que yo, siendo una Reina joven, viví inocente en medio del palacio, y aborrecí siempre la maldad: mirad que la muerte, cuando menos lo penseis, descargará tambien sobre vosotros el fiero golpe: golpe espantoso para los pecadores, que ora mueran hoy, ora mañana, ora de repente, ora de pensado, morirán para ser eternamente desgraciados; pero golpe que hace felices para siempre y *bienaventurados á los que mueren en gracia de Dios.*

¡Divino Redentor de nuestras almas! sed propicio y apiadaos de vuestra católica España: de España, Señor, donde todavía es mas universalmente conocido y adorado vuestro santo Nombre que en las demas naciones. Y pues que el doloroso acontecimiento que nos tiene ahora tan consternados es efecto de nuestras culpas, derramad vues-

tro Divino Espíritu en el corazón de los españoles de ambos mundos; paraque mejoradas en todas partes las costumbres, lluevan sobre todas las familias, pueblos y regiones sujetas á nuestro augusto Monarca las bendiciones de paz, de prosperidad y de abundancia que su corazón nos desea. Y desde ahora, soberano Juez de vivos y muertos, aceptad benigno las plegarias que os hace hoy la religiosa Barcelona, paraque si en vuestro rectísimo juicio hallasteis deudora de alguna pena temporal á la difunta Reina, si visteis en su alma alguna leve mancha, recibais en expiacion el incruento Sacrificio que en memoria de vuestra pasion y muerte acaba de ofreceros el Pontífice de esta Iglesia. En vuestra pasion y muerte, en el infinito valor de vuestra preciosísima sangre derramada por los hombres, se fundan, ó Jesus amantísimo, todas nuestras esperanzas y todo nuestro actual consuelo. Porque declarándonos vuestro Apóstol Profeta que las obras de los justos no mueren, sino que siguen á su alma cuando se separa del cuerpo, *opera illorum sequuntur illos*, bien podemos y debemos consolarnos con la piadosa creencia de que el Divino Espíritu que por vuestros infinitos méritos fué el principio de la inocencia de vida de la reina DOÑA MARIA ISABEL DE BRAGANZA, y de que muriese en gracia vuestra, trasladó luego su alma, en premio de sus santos y fervorosos afectos y obras cristianas, á la dichosa mansion del eterno descanso. *Amodo*, desde ahora en adelante, *jam dicit Spiritus, ut requiescat á laboribus suis.*  
 AMEN.



46/1  
30892







